

Martín corría por la terminal lo más deprisa que podía, mirando su reloj constantemente mientras arrastraba tras de sí la maleta. El camino hasta la puerta de embarque se le antojó interminable, como uno de esos sueños en los que, por más que intentas correr, no consigues avanzar. En su apresurada carrera contrarreloj podía escuchar por megafonía el aviso de *“última llamada para pasajeros del vuelo con destino a Hong Kong”*, un avión que tenía que tomar por motivos de trabajo. Cuando por fin llegó a la puerta de embarque ya era demasiado tarde, la señorita del mostrador que revisaba los billetes se disculpó:

—Lo sentimos señor, pero el vuelo está cerrado, me temo que ha perdido el avión.

La cara de Martín se tornó una mezcla entre incredulidad y frustración.

—Señor... ¿señor? —le llamó la señorita del mostrador—. ¿Desea cambiar su vuelo? Si lo desea podemos ayudarle.

Martín, ensimismado mirando cómo su avión partía hacia la pista para despegar, parecía estar en un estado de letargo del que no iba a despertar jamás, pero en realidad estaba tomando una de las decisiones más importantes de su vida. Nuevamente, la señorita del mostrador le ofreció su ayuda para cambiar el vuelo, Martín se dio media vuelta y dijo:

—Deme un billete para el primer vuelo que salga, no importa adónde.

La señorita de la compañía aérea no pudo evitar mostrar su asombro ante tal petición.

—Sí señor, deme unos minutos para que compruebe la disponibilidad de plazas. Transcurrido un tiempo, la señorita movió afirmativamente la cabeza, como si acabase de encontrar lo que estaba buscando.

—Efectivamente, parece ser que alguien ha cancelado su billete y queda un asiento libre en el vuelo que sale en una hora con destino a Cancún. Si lo desea puedo...

—¡Sí! —le interrumpió Martín—. Démelo.

Por primera vez en toda su vida, Martín había actuado por impulsos y no según lo que dictaban las normas, había hecho lo que realmente quería hacer. Llevaba más de 20 años recibiendo órdenes de personas superiores a él. Todos los días sentía el pesado yugo que arrastraba sobre sus hombros y los palos que recibía de su jefe en la espalda, sólo para poder cobrar su nómina llena de ceros todos los meses. Martín tenía dinero, sí, pero no disponía ni de tiempo ni de compañía para disfrutarlo; por eso su vida hacía mucho tiempo que había dejado de tener sentido. Trabajaba más de 10 horas diarias, a veces incluso domingos y festivos, era esclavo de un trabajo que no le realizaba como persona y, desde luego, distaba mucho de sentirse feliz. Llegaba exhausto a altas horas de la noche a una casa donde el único calor que le esperaba era el del horno para calentar la insípida cena precocinada; y la única compañía que tenía eran las voces de los programas de radio que escuchaba antes de irse a dormir donde la gente llama y cuenta sus penas (a Martín le gustaban estos programas, quizá por esa estúpida sensación de sentirnos bien al comprobar que otras personas tienen problemas mayores que los nuestros). Todas las noches maldecía las decisiones que había tomado en la vida y que le habían llevado hasta esa situación, al final acababa agotado de sueño y de frustración (no siempre en ese orden) y se quedaba dormido para volver a hacer lo mismo al día siguiente. Cada día era una fotocopia del anterior. Dicen que la vida no se mide por las veces que respiras, sino por los momentos que te dejan sin aliento; pues si es así, Martín llevaba muchos años muerto sin darse cuenta.

Con el nuevo billete que había comprado en la mano, no pudo evitar sentir la sensación de no estar haciendo lo correcto. ¿Qué sucedería cuando no apareciese en la reunión de Hong Kong en la que le esperaban?, ¿le despedirían?, ¿tendría que buscarse un nuevo empleo? Miles de dudas rondaron por su mente, pero a todas ellas respondió con la

mayor de las indiferencias. Quizá no era el momento de plantearse todas esas preguntas, quizá lo correcto era vivir el presente, sin pensar en nada más.

Martín embarcó en el avión y se acomodó en su asiento de clase business, que seguro le haría más llevadero el largo viaje. Poco después entró en el avión una apuesta señorita en la que no pudo evitar fijarse; tenía una figura esbelta, un porte elegante, una simpatía innata y una perfecta sonrisa que dedicó al personal de la tripulación. Martín se sintió atraído por aquella desconocida nada más verla. Ansiaba conocerla y para ello lo tenía fácil, ya que iban a compartir más de 9 horas en el mismo avión; pero, ¿cómo hacerlo? Casualidades del destino quisieron que aquella señorita se sentara justo en el asiento contiguo al de Martín, pero aún así, él nunca se había caracterizado por ser una persona habladora; y mucho menos con las mujeres. En las escasas ocasiones que había entablado alguna conversación, casi siempre había sido ella quien había dado el primer paso. Estaba cerca de descartar la idea de hablarle, pero la inesperada caída del bolígrafo que manejaba la chica a los pies de Martín le supuso la coartada perfecta para iniciar el diálogo que tanto deseaba.

—¡Ups! Aquí tiene señorita —le dijo mientras le entregaba el bolígrafo.

—Muchas gracias —la sonrisa que le dedicó a Martín le paró el reloj y hasta el alma.

—Me... me llamo Martín —dijo tímidamente mientras le ofrecía su mano.

—Natalia, encantada —dijo estrechándole la mano—. ¿Viaje de placer?

—Se podría decir que sí... ¿Y usted? Va demasiado arreglada, ¿viaje de trabajo?

—Sí, por lo visto a mi querido jefe se le ha ocurrido la brillante idea de enviarme a Cancún para cerrar unos acuerdos con unos proveedores y hacerme venir al día siguiente.

¿Se lo puede creer? ¡Casi 16.000 kilómetros en apenas un día! Es una locura, pero es el jefe, él manda y yo obedezco, así es como funciona esto.

—¿Qué me va a contar a mí? Yo debería estar volando ahora mismo hacia la otra punta del mundo por culpa de mi jefe. A China, concretamente.

—¿A China? No lo entiendo, entonces... ¿qué hace yendo a Cancún?

—Pues verá, llega un momento en el que, aunque el mundo gire, uno tiene que detenerse y ver dónde estás, pensar en todo lo que has recorrido hasta llegar allí y hacerte la gran pregunta: “¿ha merecido la pena?”. Yo me hice esa pregunta hace apenas una hora, en el aeropuerto, cuando vi que había perdido mi vuelo a Hong Kong. Entonces pensé: “¿qué es lo que de verdad me apetece en este momento?”, y desde luego no era cruzar el mundo para encerrarme en una oficina con empresarios chinos durante 10 horas al día. Así que, por una vez en la vida, pensé en mí y no en el resto del mundo. Y aquí me tiene.

—Vaya... ¡qué valor! De verdad que le admiro, yo creo que sería incapaz de hacer eso.

—Yo también lo creía, pero créame cuando le digo que uno es capaz de hacer más cosas de las que creía posible, sólo es cuestión de proponérselo —como hablar con ella, pensó Martín—. Por cierto, abróchese el cinturón, vamos a despegar.

Aquellos dos desconocidos continuaron hablando durante todo el tiempo que duró el vuelo transoceánico. Poco a poco fueron conociéndose y comprobaron, para su asombro, que ambos tenían más en común de lo que en principio pensaban. Martín le contó decenas de anécdotas que había vivido en su época como estudiante en la Universidad y como empleado en la empresa. Natalia no sólo se reía con él, sino que además parecía disfrutar con su presencia.

El piloto avisó por megafonía de que iban a aterrizar y la señal luminosa de “*abróchese el cinturón*” se encendió. El vuelo duró algo más de 9 horas, pero a Martín le parecieron apenas 9 suspiros. No quería que ese viaje terminara nunca, no quería despedirse de alguien con quien había conectado tan bien. Una vez que el avión tomó tierra, ambos

recogieron sus pertenencias y salieron juntos hacia el aeropuerto. Cuando estaban esperando en la cinta transportadora, Martín aunó todo el valor que le quedaba y le dijo:

—Me lo he pasado muy bien contigo durante el vuelo; y me preguntaba si podría... bueno, si fuera posible... volver a verte alguna vez —Martín necesitaba saber que aquello no podía morir ahí, que al menos tendría una oportunidad más.

Natalia sacó un papel y un bolígrafo del bolso, apuntó su número de teléfono y le dijo:

—Aquí tienes, llámame cuando estés en España, ¿de acuerdo?

Y justo en ese instante se inclinó sobre él, con los ojos cerrados y dirigiendo sus labios hacia los de Martín. Poco a poco la distancia que los separaba era cada vez menor, Martín no se lo podía creer, ya se imaginaba un futuro a su lado, con un trabajo del que disfrutase de verdad, los niños correteando por la casa y el perro enterrando los huesos de la barbacoa de los domingos en el jardín. Los labios de Natalia estaban a punto de rozar los de Martín cuando de repente se escuchó por la megafonía del aeropuerto: *“Muy buenos días en esta mañana de miércoles. Hace sol en la mayor parte del país y las temperaturas han subido ligeramente...”*.

Martín apagó el despertador de un fuerte manotazo. Se levantó de su fría y solitaria cama y separó las cortinas de la ventana, descubriendo las preciosas vistas al mar de las que gozaba desde su lujosa mansión. Bajó a la cocina, donde uno de sus criados, Humberto, le estaba preparando el desayuno de todos los días: café con leche caliente, una cucharada de azúcar y dos tostadas con mermelada de fresa. Encendió el ordenador portátil y comprobó que sus acciones de la empresa seguían valiendo cientos de millones de euros; y subiendo. Mientras disfrutaba del café recordaba el extraño sueño que había tenido aquella misma noche y por fin pudo respirar aliviado, sólo había sido una terrible pesadilla.